

La irracionalidad en la esfera política de la modernidad. Una aproximación a la obra de Max Weber.

Ignacio Robba Toribio.

Cita:

Ignacio Robba Toribio (2019). *La irracionalidad en la esfera política de la modernidad. Una aproximación a la obra de Max Weber. XIII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-023/27>

La irracionalidad en la esfera política de la modernidad. Una aproximación a la obra de Max Weber

Ignacio Robba Toribio (nachorobba@gmail.com) - Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires

Eje 1: Filosofía, Teoría, Epistemología, Metodología

Mesa 7: Problemas y debates de la sociología clásica y contemporánea

Resumen:

El presente trabajo analiza el lugar de la irracionalidad en la esfera política de la modernidad en la obra de Max Weber. En un mundo moderno dominado por el proceso de racionalización, que implica la autonomía y especialización de la esfera política, nos preguntamos qué lugares ocupan aspectos no racionales como las cosmovisiones, la dominación carismática, la dominación tradicional, el carácter de las masas y las nociones de nación y comunidad. A partir de una hipótesis en clave dicotómica que tiene en consideración los polos racionalidad e irracionalidad, pretendemos contribuir a la comprensión de la compleja conceptualización de la política moderna en la obra weberiana.

Palabras claves: Max Weber; racionalización; política; irracionalidad.

Introducción

En el marco del proceso de racionalización que desarrolla la obra de Max Weber, aquí pretendemos analizar el lugar de la irracionalidad en la esfera política de la modernidad. Nuestro propósito es indagar el entramado conceptual del autor con el objetivo de comprender la relación entre racionalidad e irracionalidad como clave dicotómica para problematizar la política moderna.

En el “Excurso” (Weber, 1987), nuestro autor plantea un medio típico ideal¹ del proceso milenarista de racionalización que se conforma de diferentes rupturas². La primera es la *desmagificación* realizada por las religiones universales de salvación, en donde se sistematiza un estilo de conducta de vida y se forma una comunidad de fe con una moral fraternal universal que ya no se reduce a la comunidad de linaje. No obstante, a medida que cada esfera de la vida (política, económica, religiosa, estética, etc.) comienza a desarrollar una lógica propia, la moral fraternal universal de la religión entra en tensión con el mundo; es el proceso de *desencantamiento*. El resultado es la diferenciación en esferas de valor y la crecientemente irreconciliable tensión entre ellas que conduce al “politeísmo” de la modernidad (Bellah, 2005, p. 129).

La obra de Max Weber ha sido estudiada por autores como Friedrich Tenbruck, Stephen Kalberg, Robert Bellah, Stefan Breuer, Wilhelm Hennis, Luis Aguilar Villanueva, Wolfgang Schluchter, Guenther Roth³. Asimismo, el proceso de racionalización ha sido objeto de múltiples investigaciones e innumerables re-lecturas. Además de los ya citados Tenbruck (2015), Bellah (2005), Roth (2015) y Weisz (2011a), se problematizó la relación entre racionalización y burocratización (Gros 2015), se hizo énfasis en la relación entre racionalización y religión (Marra 2015; Weisz 2011b), como así también entre racionalización y nación (Weisz 2014).

Entre estas lecturas, quizás la sociología de la religión que nos proponen Aronson y Weisz (2004) sea la más destacada para nuestro trabajo. Desde esta perspectiva, teniendo en cuenta la conceptualización del proceso de racionalización, se concibe que las categorías religiosas poseen gran relevancia en la obra weberiana puesto que operan como puntos de partida para la comprensión de acontecimientos sociales (Aronson y Weisz, 2004, p. 7). Sin embargo, a los fines de nuestras humildes pretensiones, nos parece importante destacar especialmente dos estudios. En primer lugar, el trabajo del reconocido weberólogo Kalberg (2005), quien realiza una tipología del proceso de

¹ Véase Weber (1997a; 1997b) para un desarrollo conceptual del tipo ideal.

² Según Tenbruck (2015, p. 57), el proceso de racionalización es histórico-religioso y especifica las diferentes referencias a las que alude el uso lingüístico de Weber. Denomina proceso de *racionalización* a todo el fenómeno, *desencantamiento* al desarrollo hasta la ética protestante y *modernización* a la condensación y continuidad del desencantamiento. En este sentido, la modernidad surge de la racionalización del proceso histórico-religioso de desencantamiento. Por lo demás, véase Tenbruck (2015) para comprender el lugar central que ocupa el proceso de racionalización en la obra de Max Weber. Asimismo, véase Weisz (2011a; 2011b) para un análisis del proceso histórico universal weberiano que implica una filosofía de la historia típico ideal. Si bien no soslaya la perspectiva histórico-comparativa, esta se combina con una pretensión universalista y meta-histórica.

³ Por nombrar algunos de sus más reconocidos estudiosos que retomaremos en el presente trabajo.

racionalización, y la ponencia de Trovero (2012), quien indaga el proceso de racionalización en relación a los tipos ideales de dominación.

En este sentido, en un mundo moderno caracterizado por el inevitable proceso de burocratización, del dominio del cálculo, del derecho previsible y de la dominación legal, nos preguntamos qué lugares pueden ocupar aspectos no racionales e irracionales⁴ en la esfera política de la modernidad. Desde ya, no se trata de una tarea exhaustiva, sino sólo una hipótesis para problematizar la política moderna debido a que consideramos necesario releer la obra de un clásico de la sociología para reflexionar sobre nuestro mundo contemporáneo.

En la primera parte nos centramos en describir el proceso de racionalización en la esfera política: la burocratización, la dominación legal, la conformación del Estado moderno. En segundo lugar, analizamos la esfera de la política como politeísmo, como lucha de valores y choque de cosmovisiones. En el tercer apartado indagamos los tipos ideales de dominación no racional (carisma y tradición) en oposición a la dominación racional. Como cuarto elemento, analizamos el carácter irracional de las masas en relación a la actividad política profesional y, en quinto lugar, problematizamos las nociones weberianas de nación y comunidad. Por último, se destaca una serie de consideraciones finales sobre la problemática en cuestión.

Racionalización de la esfera política

Para pensar la política moderna en términos weberianos es necesario incorporar como punto de partida no sólo el proceso de racionalización, sino también la lógica de la constitución del Estado moderno⁵ que implica la separación y concentración de los medios de producción (Rabotnikof, 1984, p. 84). En el marco del proceso de racionalización, donde las esferas de valor de la modernidad se autonomizan y se conducen con sus lógicas internas, la esfera política se rige por el fin absoluto de la conservación (o modificación) de la distribución interna y externa del poder (Weber, 1987, p. 445).

En un marco más general, aunque el proceso de racionalización desmitifica el mundo al quitar el velo de la religión, es un proceso de intelectualización que no otorga mayor conocimiento del mundo, sino sólo la certidumbre de que no existe ninguna fuerza misteriosa y que todo puede ser dominado por el cálculo. El desencantamiento del mundo implica que ya no hay un Dios, una verdad que explique el mundo (Weber, 2003, p. 18). El politeísmo es un rasgo de la modernidad como tal. Se conforman diferentes esferas con sus propias lógicas y lucha eterna entre dioses. Aunque la política como politeísmo y lucha de cosmovisiones será retomada con mayor énfasis en el siguiente apartado,

⁴ Irracional y no racional son sinónimos a los fines del presente trabajo.

⁵ En la obra weberiana el Estado se define a partir del medio y no del fin que persigue: es el instituto político de actividad continuada en el que su cuadro administrativo mantiene con éxito la pretensión al monopolio legítimo de la coacción física para el mantenimiento del orden vigente (Weber, 2002, pp. 43-44).

podemos anticipar la visión de Max Weber sobre la modernidad desencantada (Schluchter, 2015, pp. 97-99). En la modernidad reaparecen antiguos dioses (valores) que se encuentran en conflicto entre sí y nos fuerzan a elegir. Es una elección que se vincula con lo existencial porque la modernidad hace inverosímil la concepción de que el mundo está ordenado y dotado de sentido por la naturaleza o por un Dios: es un problema antropológico universal porque el mundo se siente como sufrimiento y sin sentido (Tenbruck, 2015, p. 80).

A partir de aquí podemos pensar la riqueza del planteo weberiano. Por un lado, el proceso de racionalización abre un mundo moderno politeísta de lucha de valores sin posible resolución. Por otro, este mismo proceso divide al mundo en esferas especializadas con lógicas propias. En otras palabras, la política es tanto lucha de cosmovisiones como una esfera autónoma-especializada que requiere saberes especializados para participar activamente en ella. Este proceso deviene en que la dominación racional legal sea el tipo de dominación por excelencia, basada en la creencia en la validez de preceptos legales y en la competencia objetiva fundada sobre normas racionales (Weber, 1998, p. 85).

Por dominación entendemos “la probabilidad de encontrar obediencia a un mandato determinado entre personas dadas” (Weber, 2002, p. 43). La dominación es un tipo de relación social que ocurre regularmente mediante la cual los actores orientan sus conductas por un conjunto de máximas de carácter obligatorio y *como si* el mandato impuesto fuera una máxima de su propio comportamiento. En la terminología weberiana la dominación es un orden legítimo. Si bien la problematización de la noción de legitimidad nos alejaría de nuestros propósitos, nos basta mencionar que el principio de legitimidad weberiano requiere que la observancia externa de las reglas se explique a su vez por referencia a un acto interno de quien observa la regla. Sólo el momento interno transforma el poder de hecho en poder de derecho (Bobbio, 1985, p. 268).

Según Weber (2002, pp. 173-178), de los diferentes tipos ideales de dominación, la dominación legal con administración burocrática es la específicamente moderna y es el germen del Estado moderno occidental⁶. Se conforma de funcionarios individuales con calificación profesional, que se deben sólo a los deberes de su cargo, con retribuciones en dinero con sueldos fijos, trabajan con completa separación de los medios administrativos y están sometidos a una rigurosa disciplina (precisión, continuidad, calculabilidad) para alcanzar el óptimo en sus resultados. Por lo tanto, el Estado moderno se constituye a partir de la articulación de un derecho calculable y de una burocracia especializada que otorgan previsibilidad (Weber, 1997c, p. 285). En este sentido, este tipo ideal tiende a la “dominación de la impersonalidad formalista: sin *ira et studio*, sin odio ni pasión, o sea sin ‘amor’

⁶ La mecanización burocrática tiene un carácter irrevocable (Weber, 1991, p. 141).

y sin ‘entusiasmo’, sometida tan sólo a la presión del deber estricto (...)” (Weber, 2002, pp. 179-180).

Es importante retener tres aspectos de los párrafos anteriores. En primer lugar, la política es lucha de valores irreconciliables. En la política moderna, la lucha se dirige a la distribución y participación de la dirección del Estado. En segundo lugar, el proceso de racionalización deviene en la división de la vida en esferas de valor autónomas y especializadas. La esfera política posee sus propias lógicas y saberes expertos. En tercer lugar, la conformación del Estado moderno se caracteriza por el predominio de la dominación legal burocrática que es la más racional de los tipos ideales de dominación. Es una relación de dominación impersonal, sin pasión, sometida al dominio del cálculo. En suma, la política moderna se caracteriza por la racionalización inevitable de la modernidad. Sin embargo, en las páginas que siguen sostenemos que hay lugar para la irracionalidad en la esfera política de la modernidad que nos presenta la obra weberiana.

¿Politeísmo como irracionalidad?

Los fundamentos últimos de la modernidad son los valores irracionales, ergo, la modernidad se define por choque de irracionalidades; es “la lucha a muerte e irreconciliable, entre dios y el demonio” (Weber, 1997b, p. 238). Como explica Aguilar Villanueva (1984, pp. 69-70), en la obra weberiana el mundo político –y el mundo moderno agregamos nosotros– se nomina politeísmo porque se genera a partir de la pluralidad y heterogeneidad de intereses, valores, cosmovisiones, a los que los individuos o grupos sociales adhieren y tienen la voluntad de hacerlos valer prácticamente.

En este sentido, podemos definir la política como irracionalidad en tanto lucha irreconciliable de valores y cosmovisiones, en oposición a la racionalidad de la ciencia. Aunque la ciencia contribuye a la vida moderna a través de la crítica técnica que ofrece conocimientos técnicos, métodos de pensamiento y claridad de valores (Weber, 2003, p. 30), no puede resolver la lucha de cosmovisiones de nuestro mundo. Luego de haber comido del árbol de la ciencia, el sentido del acontecer del mundo moderno no puede ser producto del progreso científico, los ideales supremos se abren camino sólo en la lucha con otros ideales (Weber, 1997a, p. 46). Es en este sentido -de valores irracionales como fundamentos últimos del mundo- que la política es lucha irreconciliable de cosmovisiones y, por lo tanto, puede ser comprendida como una esfera irracional. No obstante, Weber nos clarifica este punto a partir de la diferenciación de racionalidades:

En primer lugar, un comportamiento subjetivamente ‘racional’ no es idéntico a una acción racionalmente “correcta” o “regular”, es decir, que objetivamente emplee, de acuerdo con el conocimiento científico, los medios correctos. Sólo significa, en cambio, que el propósito

subjetivo se rige por una orientación planificada hacia los medios considerados correctos por un fin dado (Weber 1997b:255).

Este párrafo puede ser interpretado a partir de la tipología de la racionalidad que establece el excelente trabajo de Stephen Kalberg (2005). El autor explica que en la obra weberiana encontramos una multiplicidad de procesos de racionalización que se combinan y luchan entre sí. Construye cuatro tipos de racionalidad: práctica, teórica, sustantiva y formal. Aquí nos interesa la racionalidad sustantiva porque nos permite problematizar la identificación de la política como irracionalidad.

La racionalidad sustantiva, basada en la acción racional con arreglo a valores, ordena directamente la acción en relación a un postulado de valor que implica conjuntos de valores con coherencia interna. Los valores adquieren racionalidad sólo por la coherencia de sus postulados de valor, que dependen de las preferencias del individuo a ciertos valores fundamentales y de la sistematización de su acción para adecuarse a ellos. Sin embargo, estos valores también son irracionales por su incompatibilidad con otros postulados de valor. Es decir, no son intrínsecamente irracionales, sino irracionales por su incompatibilidad con otras racionalidades sustantivas. Esta incompatibilidad entre postulados de valor puede ser tanto entre diferentes esferas de valor como entre diferentes puntos de vista dentro de una misma esfera (Kalberg, 2005, pp. 85-88). En este sentido, podemos comprender la esfera política tanto como una racionalidad sustantiva en sí misma como a partir de lucha de racionalidades sustantivas que caracterizan como irracionales a otras racionalidades. Por lo tanto, la esfera política no es intrínsecamente irracional, sino que su irracionalidad radica en la incompatibilidad entre diferentes racionalidades sustantivas.

Kalberg (2005) confronta la racionalidad sustantiva con las otras tres racionalidades -práctica, teórica y formal- porque son las que predominan en las sociedades modernas occidentales. La racionalidad práctica es toda forma de vida que considera y juzga la actividad mundana en relación a los intereses pragmáticos y egoístas del individuo, donde los fines prácticos se logran con el cálculo entre medios, fines y consecuencias. Es decir, se basa en la capacidad del individuo de actuar con arreglo a medios-fines. En tanto, la racionalidad teórica implica un dominio consciente de la realidad por medio de conceptos abstractos precisos. Por último, la racionalidad formal corresponde al tipo ideal explicado en el apartado anterior; legitima un cálculo racional con arreglo medios-fines, pero en base a reglas, leyes o regulaciones aplicadas universalmente.

A partir de definir los fundamentos últimos de la modernidad como irracionales y a partir del proceso de racionalización que divide la modernidad en esferas especializadas, sostenemos que la esfera política es, al mismo tiempo, racional e irracional en un doble sentido. Por un lado, si tenemos en cuenta el proceso de racionalización formal, es racional porque predomina la dominación

burocrática legal, pero también la política como politeísmo (lucha de cosmovisiones) es irracional porque se disputan valores e ideas que no se relacionan con el cálculo y la consecución de acciones con arreglo a medios-fines en base a leyes universales. En otras palabras, es dominación burocrática (racional) y es lucha de valores (irracional). Por otro lado, si tenemos en cuenta la racionalidad sustantiva, los postulados de valor que acabamos de definir como irracionales, también son racionales en tanto cosmovisiones racionalmente constituidas e internamente cohesionadas por medio de las cuales los individuos orientan su acción. A su vez, estos postulados de valor racionalmente constituidos son irracionales en tanto incompatibles y confrontados con otros postulados de valor.

Si retomamos el apartado anterior sobre la racionalización de la esfera política e introducimos las conceptualizaciones de Kalberg (2005), la racionalidad ética sustantiva que define el autor implica un imperativo de conformidad con un bien moral que es sentido como internamente obligatorio, es decir, tiene la potencialidad de introducir modos de vida racional-metódicos. El autor sostiene que sólo una racionalidad ética sustantiva pudo conducir a la formación de una visión del mundo. Sin embargo, en la modernidad occidental las racionalidades práctica, teórica y formal se imponen sobre la racionalidad sustantiva. Esta última fue reemplazada por la visión científica del mundo que supone la subsunción de la acción con arreglos a valores a la acción con arreglo a medios-fines. Según Weber, en la medida en que los valores de la esfera política son eliminados por la racionalización formal, práctica y teórica, la acción política se caracterizará por un mero cálculo con arreglo a medios-fines, tendencia que puede suprimir todas las libertades políticas (Weber, 1991, p. 146). Esta tendencia de supresión de libertades debido al dominio del cálculo sobre los valores fundantes puede leerse como la visión weberiana del futuro de la modernidad.

Dominación no racional: carisma y tradición

Aunque en la modernidad los hombres y mujeres orientan principalmente sus acciones racionalmente con arreglo a medios-fines y, en menor medida, con arreglo a valores, las acciones tradicionales y afectivas no fueron desarraigadas y barridas por completo (Kalberg, 2005, p. 77). En este apartado trabajamos los tipos ideales de dominación no racional: carisma y tradición.

La dominación carismática se basa en la acción social afectiva determinada por estados sentimentales. La acción afectiva se distingue de la racional con arreglo a valores porque no elabora conscientemente los propósitos últimos de la acción y su planeamiento consecuente. Sin embargo, en oposición a la acción con arreglo a fines, ambas encuentran el sentido de la acción en la acción misma (Weber, 2002, p. 20). Los fundamentos de la legitimidad de la dominación carismática se basan en la autoridad del carisma personal y extraordinario, la entrega puramente personal y la confianza en la capacidad para las revelaciones (Weber, 1998, p. 85). La dominación carismática descansa en la

entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona (Weber, 2002, p. 172). En definitiva, lo central del carisma pasa por el reconocimiento de la cualidad extraordinaria de una personalidad y su consideración de posesión de fuerzas sobrehumanas por parte de sus seguidores (Weber, 2002, p. 193).

La dominación carismática supone un proceso de *comunización* de carácter emotivo que contrasta con el cuadro administrativo de la dominación legal burocrática. Típico-idealmente, no hay burocracia profesional, sino hombres de confianza; no hay sueldo, sino vida en comunión con el jefe; no hay carrera administrativa, sino llamamiento del líder según su inspiración. Pero el carisma también se opone a la dominación tradicional porque tanto esta última como la dominación legal son cotidianas, en cambio la dominación carismática es efímera. En contraposición con la dominación legal, la dominación carismática es irracional en el sentido de su extrañeza a toda regla. Al rechazar todo vínculo con lo cotidiano y la regla, la dominación carismática es una fuerza “antieconomicidad” porque rechaza toda economía racional continuada en el tiempo (Weber, 2002, pp. 194-196).

Ahora bien, las cualidades de la dominación carismática -irracional y extraordinario- sólo son posibles si el fenómeno es efímero. Para perdurar en el tiempo tiene que racionalizarse o tradicionalizarse. Es lo que nuestro autor llama *rutinización del carisma* (Weber, 2002, p. 197). En su condición genuina y efímera, la dominación carismática es la más revolucionaria; subvierte el pasado, no conoce apropiación del poder de mando, sino que se legitima por corroboración del carisma personal.

En este sentido, la dominación carismática típico-idealmente es irracional, tiene un carácter emotivo y la legitimidad descansa en las cualidades extracotidianas, sobrehumanas y sobrenaturales del líder. Sin embargo, no puede perdurar en el tiempo sin racionalizarse o tradicionalizarse. De esta manera, la racionalidad se cuela en el carácter irracional de la dominación carismática a partir de la rutinización del carisma. Es importante destacar que Weber recurre al carisma como fuente última de la transformación social puesto que contribuye a limitar la impersonalidad de la sociedad moderna, a frenar los excesos burocráticos y no renunciar a los lazos subjetivos donde sólo impera el más crudo objetivismo (Aronson, 2011, p. 124).

A partir de los aportes de Trovero (2012) podemos analizar el componente no racional de la dominación tradicional. Para Weber (2002, p. 180), la legitimidad de la dominación tradicional se basa en ordenaciones y poderes de mando heredados de tiempos lejanos. No se obedece a disposiciones racionalmente estatuidas, sino al soberano determinado por la tradición. La obediencia al soberano implica que otorga su gracia al libre arbitrio de su decisión personal. El soberano es un señor personal y el cuadro administrativo no se conforma por funcionarios sino por servidores. Las relaciones entre cuadro administrativo y soberano se determinan por la fidelidad personal del

servidor, no por la tarea del cargo. Para Weber (2002, p. 181), el cuadro administrativo típico puede ser reclutado mediante lazos de "piedad" (esclavos, colonos) o por relaciones de confianza. En este sentido, el cuadro administrativo no es racional porque no existe competencia con reglas objetivas, jerarquía racional fija ni ascenso regulado (Weber, 2002, p. 182). Sin embargo, en los tipos originales de dominación tradicional -gerontocracia y patriarcalismo- no existe un cuadro administrativo (Weber, 2002, p. 184). En el primer caso, la autoridad es ejercida por los más viejos (mayores de edad) porque son los que mejor conocen la sagrada tradición. En el segundo caso, la autoridad se ejerce debido al poder económico y familiar. En ambos casos la obediencia se ejerce mediante el impero de la tradición, no de la disposición legal.

Con la aparición del cuadro administrativo, la dominación tradicional tiende al patrimonialismo⁷ (Weber, 2002, p. 185) que se sostiene económicamente por prebendas (Weber, 2002, p. 188). Para nuestro Weber (2002, pp. 191-192), la administración patrimonialista de la economía opera de un modo irracional debido a la arbitrariedad de derechos, la discrecionalidad del soberano, a la falta de racionalización de la economía mediante el cálculo y la actividad lucrativa privada, la oposición a disposiciones legales y la ausencia de un cuadro administrativo profesional.

En este sentido, la dominación tradicional típico-idealmente es irracional porque no se obedece a disposiciones racionalmente estatuidas, sino al libre arbitrio del soberano determinado desde tiempos inmemoriales. El cuadro administrativo no se compone por funcionarios que compitieron por el cargo mediante reglas racionalmente establecidas, sino por servidores que le deben fidelidad personal. La administración de la economía también opera de un modo irracional debido a la discrecionalidad del soberano y a la falta de racionalización de la economía.

Carácter irracional de las masas

Si la política es la lucha por la aspiración a participar en el poder y en la dirección del Estado moderno (Weber, 1998, pp. 82-84), y si este último se constituye con una burocracia especializada y un derecho previsible, entonces en la esfera política participan quienes rigen su modo de conducta por dicha lógica interna. Los que participan activamente siempre son una minoría (Weber, 1991, pp. 132-133), son los políticos profesionales que viven *de* -como fuente duradera de ingresos- y *para* -hacen de ello su vida dándole sentido- la política (Weber, 1998, pp. 95-96).

En el planteo weberiano sobre la democratización y el giro cesarístico, donde el líder político ya no es nominado según el reconocimiento de sus cualidades por un grupo reducido de notables sino por la confianza de las masas (Weber, 1991, p. 232), el desarrollo conceptual del carácter irracional

⁷ Véase Breuer (2015b) para un análisis del patrimonialismo y la influencia de la crítica de Georg Below a Carl Ludwig Haller en la modificación de la concepción de Weber.

de las masas se encuentra en sintonía con la concepción del carácter profesional de la actividad política. En las elecciones directas se obliga a votar una larga lista de candidatos que la masa no conoce personalmente y a quienes no puede juzgar por sus cualificaciones profesionales (Weber, 1991, p. :241). Como explicamos, la actividad política es para los participantes activos que tienen intereses políticos, quienes aspiran al poder y a la responsabilidad política con el objetivo de realizar determinadas ideas. En cambio, la masa es políticamente pasiva: no da a luz al líder, sino que el líder político busca “persuadir” a la masa mediante la demagogia (Weber, 1991, pp. 242-243). Como el formato democrático tiende a la formación de cesarismos plebiscitarios, las masas eligen a su jefe por confesión de fe más que por elección racional (Aronson, 2011, p. 11).

Para Max Weber, el peligro de una democracia de masas es la posibilidad de un predominio de factores emocionales (irracionales) por su exposición a las influencias emocionales de cada momento debido a que la mente clara y fría domina las decisiones responsables cuanto más pequeño es el grupo que delibera. En contraste, la masa no organizada es totalmente irracional desde un punto de vista político. Para nuestro autor, la masa es el poder de la calle, la rabia espontánea y emocional (Weber, 1991, pp. 245-247).

Nación y comunización

Según Weber (2002, pp. 678-679), el apasionamiento producido por la sugestión emotiva se basa en el sentimiento de prestigio del poder de una comunidad política que se trasforma en la idea de nación. La *conciencia de la nacionalidad* forma comunidades en base al recuerdo de luchas políticas comunes a vida y a muerte (Weber, 2002, p. 662). Así, la nación se caracteriza por la posesión y defensa de bienes culturales por parte de la comunidad (Weber, 2002, p. 679). Como explica Aronson (2011, p. 4), la nación es el ámbito de predominio de los intereses generales por sobre los particularismos y aglutina a individuos unidos a través de sentimientos subjetivos.

De esta forma, podemos ubicar la nación en oposición al Estado moderno. En éste último se combinan los intereses racionales: a diferencia de la *relación comunitaria* que da forma a la nación, el Estado moderno es una *relación de dominio* en donde se organizan diversos intereses de la sociedad. El Estado no se mantiene unido por vínculos sentimentales, sino porque puede hacer uso de la violencia física para regular las relaciones sociales (Aronson, 2011, pp. 7-8).

En este sentido, nación-comunidad y Estado-sociedad funcionan como dos polos contrapuestos. Para Weber, comunidad es una relación social en donde la actitud en la acción social se inspira en el sentimiento subjetivo de los partícipes de constituir un todo. En cambio, la sociedad es una relación social en donde la actitud en la acción social - con arreglo a fines o valores- se inspira en una compensación de intereses por motivos racionales (Weber, 2002, p. 33). En otras palabras,

podemos identificar el polo nación-comunidad con los tipos de dominación no racional (carismático y tradicional) y el polo Estado-sociedad con la dominación legal (racional). Como explica Breuer (1996, p. 134), el Estado, que implica la articulación de intereses racionales y procura procedimientos e instituciones (como el Parlamento), se basa en la legitimidad racional en el sentido de ordenación impersonal. En cambio, la nación, que implica la comunitarización emocional que exige una encarnación representativa mediante una persona, tiende a una autoridad personal como en los tipos de dominación tradicional y carismática. En este sentido, nación y comunidad son aspectos irracionales en la esfera política de la modernidad porque son fenómenos que unen a los individuos por sus sentimientos subjetivos en oposición con el Estado moderno que se caracteriza por rasgos racionales.

Para finalizar este apartado analizaremos los aportes de Pablo de Marinis (2010) para abordar la comunidad en la obra de Max Weber mediante tres dimensiones: comunidad como tipo histórico, como tipo ideal y como utopía política. Las dos primeras son menos desarrolladas, mientras que hace hincapié en la tercera⁸. La comunidad como utopía aparece en la esfera política mediante la comunidad de combatientes y la comunidad de seguidores del líder carismático. Por un lado, la guerra crea comunidades políticas con un sentimiento de entrega y proporciona al soldado una percepción de una comunidad hasta la muerte. Por otra parte, la dominación carismática les permite a los seguidores, a partir de la comunización emotiva, constituir un sentido de comunidad. En ambos casos, lo cuestión central es el otorgamiento de sentido a la vida a partir de una causa trascendente que crea comunidad desde una emotividad subjetiva. Estas utopías sólo pueden ser excepcionales y extracotidianas, por ende, sólo localizadas y efímeras.

Sin embargo, de Marinis (2010, pp. 25-27), a la vez que sostiene que el signo de la modernidad es la racionalización de las esferas de valor como un movimiento apabullante e impersonal que encuentra sus mejores ejemplos en el mercado capitalista y la burocracia, pero que abarca todas las esferas de la modernidad, también concibe la comunidad como “palo en la rueda” y “artefacto contratendencial” de la modernidad. Ahora bien, si retomamos nuestros primeros apartados, en el proceso de racionalización no hay espacio para la comunidad en tanto irracionalidad sino sólo como acontecimiento excepcional. La pérdida de la posibilidad de otorgarle sentido trascendente a la existencia se debe al desencantamiento del mundo y al triunfo de la razón sobre formas religiosas relegadas al reino de la irracionalidad (Aronson y Weisz, 2004, p. 11). Aunque la metáfora

⁸ Como ejemplo de comunidad como tipo histórico hace referencia al trabajo sobre la situación del campesinado al Este del Río Elba en donde el joven Weber explica cómo el avance de las relaciones capitalistas destruyó la comunidad de intereses entre campesinos y terratenientes. En tanto, en la comunidad como tipo ideal se destacan los conceptos desarrollados en los párrafos anteriores: comunización y socialización, tipos ideales que pueden coexistir en las relaciones sociales. Véase de Marinis (2015) para un análisis comparativo del concepto de comunidad como tipo ideal entre el *Kategorienaufsatz* de 1913 y los *Soziologische Grundbegriffe* de Economía y Sociedad de 1920.

contratendencial genera una idea de capacidad de frenar y contrarrestar el proceso de racionalización que Weber concibe como aplastante e inevitable, coincidimos en que los aspectos irracionales de la comunidad son acontecimientos efímeros que pueden otorgar sentido trascendente a la vida en una modernidad vaciada de sentido por la maquinaria de la racionalización y en donde los valores son progresivamente reemplazados por el mero cálculo con arreglo a medios-fines. En este sentido, la comunidad de combatientes y la comunidad de seguidores del líder carismático pueden pensarse como elementos que rompen la rutina y la estabilidad, a sabiendas, para decirlo mal y pronto, que es una batalla perdida, que el movimiento galopante de la racionalización es una embestida irrevocable que se lleva la vida por delante.

Consideraciones finales

Con el desarrollo expuesto en las páginas anteriores nos propusimos dar cuenta del lugar de la irracionalidad en la esfera política de la modernidad según las conceptualizaciones de Max Weber. Nos abocamos a trabajar una hipótesis en clave dicotómica con los polos racionalidad e irracionalidad para comprender la política moderna sin la pretensión de realizar una tarea exhaustiva, sino sólo una lectura parcial para seguir problematizando nuestro quehacer investigativo hoy.

En la obra weberiana la política moderna es dominada por la racionalidad. El autor expresa que el signo de nuestra época es el avance de la racionalización que deviene en un mundo de esferas autónomas y especializadas. La esfera política no es la excepción. La conformación del Estado moderno se caracteriza por el predominio de la dominación legal burocrática que es la más racional de los tipos ideales de dominación (impersonal, sin pasión, sometida al dominio del cálculo). Sin embargo, sostenemos que hay espacio para la irracionalidad en la esfera política de la modernidad que nos propone Max Weber.

En primer lugar, aunque la política moderna está signada por el inevitable dominio de racionalidad, los fundamentos últimos de la modernidad son los valores irracionales: sólo las luchas de cosmovisiones dan sentido al mundo. A partir de estas dos definiciones podemos sostener que la esfera política es, al mismo tiempo, racional e irracional en un doble sentido. Por un lado, es racional formal porque predomina la dominación burocrática legal, pero también la política como politeísmo (lucha de cosmovisiones) es irracional porque se disputan valores que no se relacionan con el cálculo y la consecución de acciones con arreglo a medios-fines. En otras palabras, es dominación burocrática (racional) y es lucha de valores (irracional). Por otro lado, podemos entender la política como luchas de racionalidades sustantivas, como grupos de valores racionalmente constituidos e internamente cohesionados que orienten la conducta de sus portadores. Entonces, la lucha de valores que antes caracterizamos como irracional, también es racional. A su vez, son irracionales porque son

racionalidades sustantivas en pugna incompatibles entre sí. En este último sentido, lo irracional no es intrínsecamente irracional sino sólo debido a la incompatibilidad de cosmovisiones.

En segundo lugar, consideramos los tipos ideales de dominación no racional. Por un lado, la dominación carismática pura es irracional en oposición a la dominación legal racional porque tiene un carácter emotivo, donde la legitimidad descansa en las cualidades extracotidianas, sobrehumanas y sobrenaturales del líder. Sin embargo, no puede perdurar en el tiempo sin racionalizarse o tradicionalizarse. Por otro lado, la dominación tradicional también es irracional en oposición a la dominación legal porque la autoridad no se ejerce mediante disposiciones racionalmente estatuidas, sino que se obedece al soberano por la tradición, quien otorga su gracia al libre arbitrio. El cuadro administrativo no se compone de funcionarios, sino por servidores fieles y la economía opera de un modo irracional debido a la falta del cálculo.

En tercer lugar, analizamos el carácter irracional de las masas en el marco del giro cesarístico y la democratización. Para Weber, es siempre una minoría (los políticos profesionales) la que participa activamente en política. Las masas -de cualquier clase social- están expuestas a las influencias irracionales y emocionales de cada momento; son el poder de la calle, la rabia espontánea y emocional. En cambio, la mente clara y fría domina las decisiones responsables cuanto más pequeño es el grupo.

Por último, explicamos que nación y comunidad son dos aspectos irracionales en la esfera política de la modernidad porque son fenómenos de tipo sentimental que unen a individuos por sus sentimientos subjetivos. Siguiendo a Breuer (1996), se puede identificar el polo nación-comunidad con los tipos de dominación no racional (carismático y tradicional) y el polo Estado-sociedad con la dominación legal (racional). Además, siguiendo a de Marinis (2010), la comunidad como utopía aparece en la esfera política a partir de la comunidad de combatientes y la comunidad de seguidores del líder carismático. Son irracionales porque son acontecimientos excepcionales -siempre efímeros y extraordinarios porque el proceso de racionalización es inevitable- que rompen con la rutina, lo cotidiano y la estabilidad. En una modernidad impersonal sometida al mero cálculo, generan la posibilidad temporaria de anclarse en valores y encontrarle sentido a la vida.

Para finalizar, quizás la siguiente cita condense todo nuestro problema. Dice Max Weber: “Es cierto que la política exitosa es siempre ‘el arte de lo posible’. Pero no es menos cierto que muy a menudo lo posible sólo se obtuvo porque se procuró lo imposible que está más allá de él” (Weber, 1997b, p. 244). Estirando el argumento según nuestras interpretaciones y nuestros intereses, la racionalidad de la política es el arte de lo posible, mientras que su irracionalidad es hacer lo imposible más allá de toda racionalidad formal.

Bibliografía

- AGUILAR VILLANUEVA, L. (1984). El programa teórico-político de Max Weber. En *Política y des-ilusión*, Galván Díaz, F. y Cervantes Jáuregui, L. (comp.), pp. 47-76. México: UAM.
- ARONSON, P.P. (2011). La centralidad del carisma en la sociología política de Max Weber. En *Entramados y Perspectivas* 1(1), pp. 109-126.
- ARONSON, P.P. y WEISZ, E. (2004). Introducción. En *Ensayos sobre la racionalización occidental*, pp. 7-12. Buenos Aires: Prometeo.
- BELLAH, R.N. (2005). Max Weber y el Amor Negador del Mundo. En *Sociedad y religión*, Aronson, P. P. y Weisz, E. (comp.), pp. 127-156. Buenos Aires: Prometeo.
- BOBBIO, N. (1985). Estado y poder en Max Weber. En *Estudios de historia de la filosofía*, pp. 257-285. Madrid: Debate.
- BREUER, S. (1996). El carisma de la nación. En *Burocracia y carisma*, pp. 109-139. Valencia: Alfons el Magnànim.
- BREUER, S. (2015a). La dominación legítima. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 229-249. México: FCE y CIDE.
- BREUER, S. (2015b). Patrimonialismo. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 251-264. México: FCE y CIDE.
- DE MARINIS, P. (2010). La comunidad según Max Weber. En *Papeles del CEIC*, 1(58), pp. 1-36.
- DE MARINIS, P. (2015). Las comunidades de Max Weber. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 293-320. México: FCE y CIDE.
- GROS, A.E. (2015). Burocratización y racionalización en Max Weber a la luz de las interpretaciones actuales de su obra. En *Question*, 1(45), pp. 115-127.
- KALBERG, S. (2005). Los tipos de racionalidad de Max Weber. En *Sociedad y religión*, Aronson, P. P. y Weisz, E. (comp.), pp. 73-116. Buenos Aires: Prometeo.
- KALBERG, S. (2011). La influencia pasada y presente de las visiones del mundo: Max Weber y el descuido de un concepto sociológico. En *Sociológica*, 26(74), pp. 207-246.
- MARRA, R. (2015). Religiones y proceso de racionalización en Max Weber. En *Soft Power*, 1(2), pp. 21-38.
- RABOTNIKOF, N.D. (1984). Max Weber, la reflexión sobre lo político moderno. En *Política y des-ilusión*, Galván Díaz, F. y Cervantes Jáuregui, L. (comp.), pp. 77-105. México: UAM.
- ROTH, G. (2015). La racionalización de la historia de desarrollo de Max Weber. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 153-174. México: FCE y CIDE.
- SCHLUCHTER, W. (2015). Politeísmo de valores. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 95-122. México: FCE y CIDE.

- TENBRUCK, F.H. (2015). La obra de Max Weber. En *Max Weber en Iberoamérica*, Morcillo Laiz, Á. y Weisz, E. (eds.), pp. 47-93. México: FCE y CIDE.
- TROVERO, J.I. (2012). Max Weber y el proceso de racionalización occidental. En *VII Jornadas de Sociología UNLP*.
- WEBER, M. (1987). Excurso. Teoría de los estadios y direcciones del rechazo religioso del mundo. En *Ensayos sobre Sociología de la Religión*, pp. 437-466. Madrid: Taurus.
- WEBER, M. (1991). Parlamento y gobierno en un Alemania reorganizada. En *Escritos políticos*, pp. 126-170. Madrid: Alianza.
- WEBER, M. (1997a). La “objetividad” cognoscitiva de la ciencia social y de la política social. En *Ensayos sobre metodología sociológica*, pp. 39-101. Buenos Aires: Amorrortu.
- WEBER, M. (1997b). El sentido de la “neutralidad valorativa” de las ciencias sociológicas y económicas. En *Ensayos sobre metodología sociológica*, pp. 222-269. Buenos Aires: Amorrortu.
- WEBER, M. (1997c). El origen del capitalismo moderno. En *Historia Económica General*, pp. 236-309. México: FCE.
- WEBER, M. (1998). La política como vocación. En *El político y el científico*, pp. 81-179. Madrid: Alianza.
- WEBER, M. (2002). *Economía y Sociedad*. México: FCE.
- WEBER, M. (2003). La ciencia como profesión. En *El político y el científico*, pp. 7-36. Buenos Aires: Prometeo.
- WEISZ, E. (2011a). *Racionalidad y tragedia. La filosofía de Max Weber*. Buenos Aires: Prometeo.
- WEISZ, E. (2011b). Max Weber: la racionalización del mundo como proceso histórico-universal. En *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (134), pp. 107-124.
- WEISZ, E. (2014). Nación y racionalización: dos focos en tensión en los escritos políticos de Max Weber. En *Estudios Sociológicos*, 32(96), pp. 681-708. México: Colegio de México.